

y sus calles de árboles tan sombrías y oscuras como el fondo de un bosque; cruzaron la glorieta central, siguieron la prolongación de la calzada diagonal, como si se encaminaran al Portillo de San Diego. Cuando llegaron al sitio, que al desconocido pareció más solitario y tenebroso, se detuvo y contempló al joven, que seguía profundamente dormido; entonces, con la mayor calma, aquel hombre le quitó el reloj, la cadena, todo el dinero que el joven llevaba, y después de registrarle los bolsillos, y convencerse que nada más había, le dió un brutal empellón, diciendo:

— ¡Duerme la mona!

Pacotillas cayó pesadamente á un lado de la calzada, el ladrón se fué, y cinco minutos después caía un aguacero torrencial.

CAPÍTULO V

Tenebrosa nox

El día, cuya noche había sido tan fatal para Paco, fué para Amalia placentero y luminoso; retozaba la alegría en su alma infantil, y los pensamientos gratos acudían en tropel á su mente, pareciéndole á ella mensajeros de días felices.

Hacia tres meses que se habían disipado las heladas nieblas de la miseria, y que reinaba una comodidad relativa en el pobre hogar de aquellos amantes. La improvisada cama, de bancos de madera y tablas, había sido

desechada, y sustituida con un modesto catre de fierro; un tocador sencillo, mostraba la ovalada luna, que parecía irradiar cuando reproducía la faz de Amalia, al hacerse ésta el sencillo tocado matutino.

Un incidente inesperado llevó á su colmo el buen humor con que se había levantado la muchacha. Concluían ella y Francisco el frugal desayuno, cuando llamaron á la puerta. Salió Amalia á ver, era un empleado del *Exprés*, que había preguntado por don Francisco Téllez, y, presentándose éste, le dió un paquetito, que contenía el reloj, la cadena y el billete de veinte duros de que hemos hablado, y una carta de remisión de don Joaquín Rodríguez, en la que suplicaba á Francisco recibiera aquello como un presente, y le recomendaba que no perdiera de vista al pobre loco.

Grande fué el gusto de Amalia al ver las hermosas alhajas; no se cansaba de tocarlas, de pulsarlas, de examinarlas, ya de un lado, ya de otro; temerosa de descomponer el reloj, hizo que el estudiante abriera las tapas y le enseñara la maquinaria.

— ¡Ay! hijo, si está *chulísimo*, déjame ponértelo yo misma.

Y haciendo como lo decía, prendió la cadena á uno de los ojales del chaleco, y acomodó el reloj en el correspondiente bolsillo.

— ¡Qué bien te sienta! — dijo, viéndole con complacencia, — ¡lástima que el chaleco no corresponda! ¡ahora sí pareces un doctor! ya verás como este reloj nos trae la buena suerte y va á señalar horas felices para nosotros.

— ¡Pareces chiquita, Amalia! — le dijo el estudiante en tono de cariñosa reconvención.

— ¡Pues cómo no me ha de dar gusto que te vaya bien! ya verás cómo tu suerte cambia, y se acaban tus malos humores, y vamos á vivir muy contentos, muy *contentitos*.

Y batía las palmas con regocijo, y bendecía al señor Rodríguez, y hacía cariños á Pacotillas, y volvía á encarcerar la hermosura de la cadena, sin dejar de deplorar, de paso, lo maltratado del chaleco. Encargó á su amante que buscara un guante de cabritilla viejo y unos polvos de madreperla, pues todos los días había de limpiar y poner más relucientes que el sol, aquellas alhajas, que, como dones de un corazón agradecido, no podían menos que ser présagos de ventura.

Largo rato celebraron el feliz suceso, después de lo cual se fué el estudiante y la niña quedó sola, entregada al gozoso bullir de sus pensamientos. Encargó el mandado, y cuando se lo hubieron traído, se dispuso á preparar la comida de los dos, sin que lo tosco y pesado de la faena la disgustase, ni empañase el brillante colorido de sus ilusiones lisonjeras. Al contrario, los menores accidentes de su tarea le parecían nuncios de faustos sucesos.

Cuando su mano delicada, agitando el aventador, inflamaba los negros carbones, que chisporroteaban, proyectando regueros de brillantes chispas, la niña contemplaba con regocijo los incandescentes puntos, que le parecían diminutos geniecillos, que también saltaban de júbilo.

A eso de la una regresó el estudiante, la hermosa y hábil cocinera había terminado ya su labor, y aderezado la humilde mesa. Su buen humor no se había disipado, antes parecía aumentar, estimulado por el aguijón de un excelente apetito, que iba á satisfacer pronto, en unión del que era todo para ella.

— ¡A que se te olvidó mi encargo! — le dijo al entrar.

— Completamente, — contestóle el joven.

— ¡Jesús, qué cabeza de hombre! pase por esta vez; si á la noche no me lo traes, reñimos. ¿Y qué tal anda tu reloj? A ver: ¿qué horas son?

Y se apoyó con mimo en el hombro de Paco, mientras éste sacaba el reloj, diciéndole:

— La una y cinco.

— Pues á comer, que en mi estómago son las dos.

Y comieron alegremente, todavía el reloj y la cadena hicieron el principal gasto de su animada conversación. Hablaron de sus proyectos de porvenir, hicieron cuentas, todo iba bien; los veinte pesos, cuidándolos, les podían durar un mes, á Amalia le quedaban todavía dos relucientes duros, que mostró gozosa al estudiante; era el último resto de los famosos cien pesos del señor Rodríguez.

Dijo Pacotillas á Amalia que no se entusiasmara con lo que iba á contarle, ni sobre ello fabricara castillos en el aire, no les sucediese lo que cuando soñaron con realizar idilios amorosos en una casita de campo, próxima á Chapultepec. Que esa tarde, al oscurecer, iba á conferenciar con un periodista, llamado don Gregorio Hernández, con quien le había presentado Patillitas; que de la

conferencia podía resultar que, el que hablaba, escribiese en un periódico, de que era propietario aquel señor, lo cual podía producir algo, según aseguraba Patillitas.

—Pues la verdad te diré, — dijo Amalia, — que en vez de entusiasmarme lo que me estás contando, lo desapruebo; ya ves qué mal te fué la otra vez.

—Pues á mí tampoco me seduce el proyecto, porque, si es cierto que el periódico se vende mucho, está muy desacreditado, por lo mordaz y difamatorio de sus artículos.

Sin incidente, que merezca referirse, terminaron su comida con el mismo placer que la habían empezado; se levantaron de la mesa, el estudiante tomó su café, mientras lo apuraba, cogió un libro de medicina, pues aquellos benditos cien pesos le permitieron proveerse de libros de texto. Amalia se sentó junto á él y tomó una costura; á ratos apartaba de la labor los hermosos ojos, y los clavaba con deleite en su amante, contemplando, ya las correctas facciones del joven, ya su negra cabellera, ya su hermosa frente, ya el ligero fruncimiento de cejas que hacía, cuando concentraba la atención en algún punto arduo del estudio.

Cerca de las cuatro, Pacotillas, después de consultar el reloj, cerró el libro, se puso en pie y dijo á su amada:

—Me voy, alma mía, tengo que ir á clase, y que hablar después con ese caballero.

—No te tardes, —le dijo Amalia con tono mimoso, abrazándolo y presentándole la frente, en la cual depositó su amante un beso prolongado y ruidoso, diciendo después:

—No me tardaré, hijita, cuando mucho, á las nueve estaré aquí.

Salió, Amalia le siguió hasta la puerta, viéndole partir. Habría andado Pacotillas algunos pasos, cuando regresó á toda prisa, penetró al cuarto, y dijo á Amalia que le seguía:

—No sé por qué he sentido vivos impulsos de abrazarte, me pareció que nos íbamos á separar por mucho tiempo.

—¡Qué locura! — exclamó Amalia, dejándose abrazar por el estudiante, — si sólo es por algunas horas; sin embargo, tienes razón, eso ya es mucho tiempo, sobre todo para mí que las voy á pasar solita.

Después de muchos mimos recíprocos y muchos requiebros, Pacotillas se fué al fin, Amalia le gritó desde la puerta:

—No se te olviden el guante y los polvos.

—No, — contestó el otro.

Amalia entró á su cuarto, exhaló un gran suspiro, volvió á tomar la interrumpida labor; pasados algunos momentos sintió una congoja extraña, le acometieron vivos impulsos de llorar, sintió como un presentimiento de soledad y desamparo. Mas la angustiosa emoción fué pasajera, rápida, se disipó por sí misma como había venido, semejante á esas nubes, que en los días serenos nublan por momentos el sol.

Pasada la nube, volvió á brillar en su espíritu el dorado haz de los pensamientos risueños. Siguió con la imaginación á su amante, como antes le siguiera con la mirada; creía verlo recorrer las calles con paso rápido, aire preocupado, con el libro debajo del brazo, lanzando sobre cosas y personas miradas indiferentes.

Divertíase en trazar mentalmente el itinerario de su querido Paco. Ya irá por la calle de San Lorenzo, habrá encendido un cigarro, ¡cuándo no! se ha de haber impacientado porque no lo encendía pronto (y aquí se sonrió creyendo ver al estudiante refugiarse en el hueco de alguna puerta, para poner la llama del cerillo al abrigo del viento). Ya irá por la cerca de Santo Domingo, ya habrá llegado; seguramente, porque él no se detiene á hablar con nadie, se contenta con saludar á sus conocidos, y eso cuando está de humor: ¡es tan malcriado mi Paco!

Y luego se imaginaba ver á Pacotillas en clase, rodeado de sus numerosos compañeros; y que el profesor, viéndole á través de los lentes, le pedía la clase. Y sentía mucha complacencia, mucha satisfacción y mucho orgullo al pensar que Paco estaría haciéndolo muy bien; no podía ser de otro modo: él era de mucho talento, y esa tarde había estudiado con tesón ¡vaya si había estudiado! á ella le constaba, más de hora y media estuvo Paco con los ojos clavados en el libro, estudiando con muchísima atención, como que no le dijo ninguna terneza, ni siquiera la vió; ella sí que le atisbó bien; y volvió á sonreirse satisfecha de su malicia. No cabe duda, siguió pensando, se ha de estar luciendo, y creía ver al catedrático mover la cabeza en señal de aprobación tácita y á los condiscípulos absortos y complacidos, sin moverse ni despegar los labios. De seguro ni una mosca se atrevería á volar en aquel recinto, henchido completamente de la querida voz de su amante.

Y se pasó la tarde la pobre niña, fingiendo ver con la

imaginación lo que el joven hacía; era su ocupación más grata, así jamás se creía sola; pues cuando no le veía, creía verle, y cuando no le oía, fingía oírle.

Poco antes de oscurecer guardó la costura y se asomó á la puerta de la vivienda, ésta daba al Sur, y, levantando Amalia los ojos, los clavó en la luna, que en su cuarto creciente ese día, se hallaba muy cerca del meridiano y comenzaba á lanzar destellos pálidos. Un poco al poniente, como perla sumergida en lago azul, empezaba á cintilar tímidamente la hermosa estrella llamada espiga de la Virgen.

Cambiáronse misteriosos efluvios entre las pupilas de la niña y los serenos y distantes astros. El alma de Amalia se sumergió en las etéreas ondas del éxtasis á que predispone la contemplación del cielo, vió de hito en hito la media luna, contempló el cintilante punto de la estrella, que le pareció una mirada amiga que el cielo le dirigía. A poco, sin darse cuenta del motivo, creyó que se enturbiaba la plácida onda que la bañaba y se esparcía en su alma una sombra tenue que, si no era la tristeza, parecía su crepúsculo.

Trató de disipar sus propensiones melancólicas, dejando de sondear las infinitas profundidades; volvió al limitado recinto de su cuarto, se entretuvo en cosas triviales, y cuando entró la mujer que le hacía el mandado, ya no pensó más que en preparar la cena de los dos.

Al desempeñar su ruda tarea, sentía Amalia un vacío en su espíritu, su imaginación se había quedado á oscuras, por decirlo así, habíase roto el hilo que en la tarde la unía á su amante y le permitía verle, si no con la del

cuerpo, al menos con la mirada del alma. Ahora carecía de todo dato concreto de espacio y tiempo que la hiciese asistir mentalmente á la entrevista de su amante. Desde las seis, hora en que debió terminar la clase, Paco se había perdido en la imaginación de la niña; contrariábale esta impotencia de su fantasía, y procuraba compensarla representándose el regreso del joven, y calculando lo que diría y haría al entrar.

Había pasado muchísimo tiempo; por más que Amalia hizo durar sus tareas lo más que pudo, terminaron éstas sin que su soledad acabase; por más que aguzaba el oído, no escuchaba más que los ruidos propios de una gran vecindad: un muchacho que lloraba, gentes que cantaban, el ladrido de algún perro, los pasos de los extraños; mas no los de la persona que ella esperaba con tanta ansiedad.

Comenzaba ya á sentir congoja, de repente se estremeció, había resonado en los aires, llenándolos con su grave y majestuoso són, el estallido de un trueno lejano, que, multiplicado por el eco, retumbó varios segundos. A ella la tempestad le causaba un verdadero pavor, que en vano se esforzaba en dominar; de cuán profundo terror no la llenaría aquel trueno, ahora que estaba sola y sin saber dónde andaría su amante. ¡Dios mío! murmuró, y, pudiendo en ella más la inquietud que el miedo, corrió á la puerta, la abrió y alzó la visla al cielo.

La luna, bastante inclinada ya al poniente, lanzaba placentera luz en un trecho de cielo limpio, cercado por oscuras nubes de plateados bordes. La tempestad venía del Norte, las nubes que Amalia veía poníanse de repente blancas, simulando nevadas cordilleras y destacando con

toda claridad sus contornos, cuando las bañaba el súbito brillo del relámpago que fulminaba en las nubes tempestuosas.

En ese momento cruzaba una vecina por el solitario patio. Amalia, llena de angustia le preguntó qué hora era.

—Ya dieron las nueve,—contestó la mujer.

Amalia entró á su cuarto, sentía una ansiedad horrible, no acertaba á explicarse la tardanza de su amante, su alarmada imaginación le hacía fingir escenas peligrosas, acompañadas de fragores de tormenta é iluminadas por relámpagos de siniestro fulgor.

Y la tempestad se aproximaba, menudeaban los truenos; lejanos y sordos los unos, próximos, sonoros y retumbantes los otros, mas todos amenazadores como la airada voz de los elementos conjurados.

Amalia, arrastrada por su inquietud, volvió á asomarse á la puerta, el nublado había hecho progresos, ya invadía el claro en que minutos antes brillaba la luna apaciblemente; nubecillas blancas ó cenicientas, avanzadas, ó jirones de la tempestad, pasaban delante del astro sin ocultarlo del todo; la luna parecía huir como cervatilla acosada por crueles cazadores.

Presa Amalia de la mayor inquietud volvió á entrar, cerrando la puerta; no sabía qué hacer, ni qué postura tomar: ya cruzaba las manos, ya se oprimía el pecho, ya se arrodillaba susurrando plegarias, mientras la imponente voz de la tempestad atronaba el espacio con su formidable estruendo.

Pasaría un cuarto de hora y Amalia, desafiando la tempestad y empujada por su cuidado, volvió á asomarse: el

cielo estaba ya completamente negro, la cervatilla celeste había sucumbido. El pavoroso nublado se enrojecía á veces, iluminado por instantánea explosión interior; otras ocasiones, culebreaba en su negrura el deslumbrante zigzag del relámpago, semejante á un látigo de luz, que fustigara las negras espaldas de la sombra para domar al titán rebelado.

La pobre niña, deslumbrada por los relámpagos, ensordecida por los truenos, abrumada por la soledad, devorada por la inquietud y torturada por una pena desconocida, volvió á cerrar la puerta; cruzó el cuarto con pasos y ademanes de loca y se arrodilló ante una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que tenía en la cabecera de la cama; levantó los ojos en actitud patética, sus labios, como dos claveles que se besan, formulaban plegarias silenciosas, sus manos, enclavijadas y dirigidas á la Virgen, parecían lirios entrelazados; cuando la ola del dolor subía hasta ahogarla, decía Amalia con dulce y apagada voz: «¡Madre mía! ¡Madre mía!»

Y la tempestad desataba entretanto el espantable haz de sus furiosos y prodigaba el asordador estrépito de sus ruidos. Oíase el prolongado y monótono rumor del aguacero que desgranaba en suelos, techos y paredes, los gruesos y tupidos goterones.

El espíritu de Amalia, abrumado por la ansiedad y congoja interiores, y por el espantoso estruendo exterior, segojóse un poco á influjo de la oración. Parecióle que la Virgen le dirigía tiernas miradas y que, por la graciosa y morena faz de la imagen, vagaba una sonrisa consoladora; sentía que, por la mágica influencia de la conso-

ladora de los afligidos, se disipaban en su alma las tormentosas sombras de la inquietud.

—¡Bendita seas, madre mía!—exclamó, poniéndose en pie y besando la santa imagen, y trató de cimentar en juiciosas reflexiones la naciente tranquilidad de su alma. Pensó que no había motivo para alarmarse tanto, que un retardo de algunos minutos se explica de cualquier modo; que sus terrores no fueron más que el efecto de la soledad que la entristecía y de la tempestad que la espantaba; que Paco se habría guarecido en alguna parte mientras el aguacero pasaba.

La tempestad se desvanecía á la par que los terrores de la niña, los truenos eran cada vez más raros, más sordos, más distantes y el áspero y recio estrépito del aguacero, se había convertido en el apacible rumor de mansa lluvia.

Sin embargo, aunque el alma de Amalia no era ya presa de la pena, agitábala una inquietud sorda; ya debían ser las nueve y media y Francisco no parecía, ¿qué podía haberle sucedido? En todo el tiempo que llevaban de vivir juntos, era la primera vez que se tardaba tanto; por lo general llegaba al oscurecer, pocas veces regresaba á las ocho, y por mucho que se demorara se recogía á las nueve, pero esto último era rarísima vez.

Pasó todavía un cuarto de hora, y la adormecida serpiente de la pena volvió á retorcerse en el seno de la muchacha, torturándola con sus crueles culebreos; Amalia no pudo contenerse y se asomó á la puerta.

La tempestad había cesado completamente, las nubes, hechas jirones, flotaban por aquí y por allí en grandes masas, dejando entre ellas extensos trozos de cielo de un

color azul pálido con suavísimos matices de perla; hacia el Sureste alzabase, como tétrico muro, el postrer vestigio de la pasada tempestad; en uno de los claros del cielo irradiaba la luna, como sonrisa de la noche, demostrando que, en lo físico como en lo moral, el desorden y el mal sólo transitoriamente prevalecen, y que á poco la paz y el bien recobran su perdurable imperio.

Sólo algunos momentos contempló Amalia aquel tranquilo espectáculo, tan poco en armonía con las negras congostas que iban alzándose y condensándose en su alma como se alzaban y condensaban antes las nubes, ennegreciendo la plácida faz de los cielos.

Divagaba por su cuarto sin poder estar quieta en ningún sitio, cuando oyó un estruendo que resonó dolorosamente en su alma, causándole más terror que si un rayo hubiera caído á poca distancia de ella; la puerta del zaguán había sido cerrada de un golpe, luego oyó el chasquido metálico de la cerradura, el ruido de la cadena que echaban y el de la tranca con que aseguraban la puerta.

Aquel conjunto de ruidos le produjo el más horrible efecto: su amante se quedaba en la calle, separado de ella por quién sabe qué ignorados y terribles acontecimientos; la puerta del zaguán le pareció en ese instante tan fatídica como la losa del sepulcro; jamás, desde que vivían juntos, se había cerrado una puerta entre los dos, jamás la noche había tendido entre ellos el pavoroso velo de sombras, de terrores, de asechanzas.

Volvióse á desatar, en el alma de la niña, la tempestad de dolores conjurada un momento, y ahora más amenazante, más terrible, más fundada. Ya no eran simples

inquietudes como antes; ahora era la realidad con todas sus asperezas, con todas sus amarguras, con todos sus crueles dardos; era la soledad con todos sus escalofríos, con todos sus terrores, con todos sus espantos, con todas sus pavorosas y espectrales imágenes; era la puerta de la calle que había cerrado sus insensibles hojas, dejando á Paco en la traidora soledad de las calles, dejándola á ella en la horrible soledad de aquel cuarto, que, por primera vez, dejaba de ser nido de amores para convertirse en negro calabozo.

Amalia, presa de la angustia más cruel, aconjugada por los más siniestros presentimientos, acosada y perseguida por las ideas más negras, se echó en su cama, llorando á lágrima viva; después se puso otra vez en pie, vagó por el cuarto como fuera se sí, clavó sus inquietas miradas en la Virgen de Guadalupe y se arrodilló pesadamente delante de ella.

No acertaba á formular un pensamiento claro, las palabras de la oración parecían haber huído de sus labios, espantadas por su grande infortunio. Sentía su pecho henchido de dolor, de un dolor inmenso, de un dolor Proteo que tomaba para atormentarla todas las formas posibles de la tortura, ya era una mano ruda y áspera que le oprimía el corazón, ya una garra acerada que se lo destrozaba, ya una zarpa que se lo despedazaba, ya una montaña que se lo comprimía, ya un chorro de líquido hirviente y acre que se lo corroía; de vez en cuando, como se destaca el relámpago en el seno del nublado, se destacaba un dolor fulgurante en el insondable fondo de su pena.

Arrodillada Amalia ante la imagen, con la cabeza inclinada y ocultando entre las manos el blanquísimo rostro, parecía una azucena doblegada por el huracán. Su pecho exhalaba hondos suspiros, sus labios murmuraban: ¡Madre mía! ¡Madre mía! Ardía su frente, latían sus sienes, le zumbaban los oídos y subían á su cabeza abrasadores bochornos.

La vela, que ardía desde las siete, se acabó, dejando la pieza sumergida en la más tenebrosa oscuridad. Amalia lanzó un grito de angustia, se puso en pie, y, palpando, buscó debajo de la almohada una cajita de cerillos; hallóla, y, encendiendo uno, buscó por todas partes por si encontraba algún olvidado cabo de vela. Inútil tarea, en vano consumió todos los cerillos, tenía que pasar sumergida en las tinieblas aquella noche horrible.

Echóse en la cama llena de desesperación, llena de miedo, llena de profundos temores; cerró los ojos, pareciéndole así menos pavorosa la oscuridad, comprimía el pecho con ambas manos, y exhalaba sin cesar los más desgarradores lamentos.

Cada instante de aquella tenebrosa noche tenía para ella el peso de un siglo, nunca había sufrido tanto; cuando perdió á su padre estaba junto á ella su madre cariñosa, y las dos, confundiendo su dolor, y mezclando sus lágrimas, mitigaban su pena; cuando murió su madre estaba con ella su bueno, amante y cariñoso Paco, llenándola de consuelos; ahora sufría sola, Paco estaba lejos, quién sabe dónde, quién sabe cómo, muerto tal vez, muerto sin duda, porque sólo así podía haberla dejado en aquel horrible abandono.

Y sus desgarradores ayes llenaban el tenebroso silencio de aquella pieza. Sus desordenadas reflexiones la condujeron á ideas que nunca había tenido y que la atormentaron más aún. Hasta ese momento sus relaciones con Paco le habían parecido lo más natural, lo más puro, lo más irreprochable; ellos no hacían mal á nadie, mutuamente se endulzaban la vida, habían nacido para unirse y se habían unido; más tarde, el día menos pensado, legitimarían su unión.

Mas la torva soledad de aquella noche desvió sus ideas de este su ordinario y pacífico cauce, y juzgó impuras sus relaciones, las consideró como una gran falta, en que se había deleitado años enteros, olvidando por ellas los respetos sociales, la memoria de sus padres, las leyes humanas y hasta al mismo Dios; y alarmado su infantil candor, creyó que había llegado la hora de expiar su impureza y de sufrir el castigo de su gran falta.

A influjo de tales ideas levantóse como impulsada por un resorte, y se arrodilló á ciegas delante de la Virgen; ya sabía qué pedirle: el perdón de sus faltas que confesaba, y por las cuales se humillaba avergonzada; iba á acogerse á la Madre tierna del Justo, y á la Madre indulgente de los pecadores, á ofrecerse en holocausto, á rogarle que suspendiera el tremendo golpe de la justicia divina y conjurara las celestes iras.

—¡Pequé, Madre mía!—decía la pobrecita, con voz entrecortada por los sollozos,—perdóname tú, que eres el refugio de los pecadores y el consuelo de los afligidos; y si no quieres perdonarme, Madre mía, castígame á mí sola y no permitas que le pase nada á mi pobre Paco.

Largo tiempo permaneció arrodillada; hasta que rendida, descoyuntada, exánime, desfallecida, apoyó los brazos y reclinó la cabeza en la orilla de la cama. Durante un intervalo en que dió tregua á sus sollozos y gemidos, oyó un ruido que la horrorizó, que erizó su cabello, horripiló su piel y bañó su cuerpo en sudor frío; oyó agudos y tenues chillidos, menudas carreras y aun creyó sentir que había pasado, resbalando rápidamente por su mano, un cuerpo blando, aterciopelado y suave. Eran las ratas que se entregaban á sus nocturnas correrías; aterrada Amalia se sentó en el mismo suelo, encogió su cuerpo lo más que pudo, se hizo verdaderamente un ovillo, su corazón latía con precipitación tal que parecía saltársele del pecho; sentía mortales desfallecimientos, le dolía horriblemente la cabeza y le daban crueles punzadas en diversas partes del cuerpo; le parecía haber caído en el fondo de un pozo hondísimo, donde la atormentaban las sombras con todos sus espectros, la inquietud con todos sus dardos y el dolor con todas sus torturas.

Tapóse los oídos para no oír los chillidos espeluznantes de aquellos espantosos animales. Fatigada de la postura y muerta de congoja, hizo un esfuerzo supremo, se puso en pie, se dirigió á tientas á la puerta, la abrió y se asomó. El cielo estaba encapotado otra vez y el patio solitario y tristísimo.

Nuevos sollozos de Amalia, clavó la vista en aquel cielo enlutado y tenebroso, y un relámpago que rasgó el seno de las nubes, seguido inmediatamente de un trueno formidable, la cegó y la ensordeció. Penetró aturdida al cuarto, mas sin cerrar la puerta, se echó en la cama, y

minutos después el áspero rumor del aguacero volvió á lastimarle los oídos y á desgarrarle el alma. Su dolor y su miedo llegaron hasta el frenesí, inspirándole las más espantosas visiones: unas veces se veía asaltada por enorme multitud de grandes y asquerosas ratas, que se paseaban por su cuerpo, clavaban en ella los ojitos relucientes, le hincaban en las carnes las afiladas garras, y se las roían con los grandes dientes; otras veces veía á Paco muerto, ya cosido á puñaladas, ya herido por el rayo, ya arrastrado por caudaloso torrente, ya devorado por bestias feroces.

No sollozaba ya, no lloraba, ahora ahullaba; su voz se había enronquecido, su cabeza torturada por terrible dolor le parecía hueca, ya no se daba cuenta de lo que sucedía, su razón turbia, enmarañada y confusa, estaba á dos líneas de la locura. Un rayo de luz pálida comenzó, poco á poco, á disipar las hondas tinieblas que la envolvían, luego oyó el rumor de extraños pasos, luego una persona, con el traje cubierto de lodo y en el mayor desorden, con pasos vacilantes y movimientos temblorosos, con la cara marchita y pálida como la de un cadáver que se pusiera á andar, atravesó lentamente el cuarto. Amalia clavó en él los extraviados ojos, lanzó un grito agudo, se precipitó á su encuentro como una loca, le echó los brazos al cuello, y le dijo con voz consternadísima:

—Paco de mi vida, ¿qué tienes?